



Una historia prematura

Autora: Angela Gregoraci Fernández

Ilustradora: Conxi Puig Balló



Generalitat
de Catalunya

Salut/



Hospital Universitari de Girona
Doctor Josep Trueta

Prólogo

Quizás alguna vez habéis oído hablar de los bebés prematuros. Quizás sabéis que casi uno de cada diez niños nace prematuramente, es decir, antes de las 37 semanas de gestación. Quizás os ha tocado de cerca la prematuridad y habéis conocido a un bebé pequeño, que parece frágil, en una incubadora, entre máquinas y personas que lo ayudan.

Quizás sabéis, o intuís, que a pesar de la importancia de toda la tecnología que los envuelve, la presencia de las madres y los padres, su contacto y su calor, son tanto o más importantes, que en cualquier otro momento de su vida.

Lo que quizás nunca os han explicado es la historia vista desde dentro, desde el punto de vista de la protagonista. En este cuento que tenéis entre manos, Lara, una niña prematura, os invita a poneros en su piel, a entender que le está sucediendo y a explicaros la vivencia de su madre y su padre así como lo importantes que son para ella.

Las familias con su presencia, con su voz, con sus caricias, con la leche, con la piel, con sus cuidados, con su sonrisa, con todo lo que ayuda a Lara, lo que la calma le da confort y la atre, son fundamentales para ayudar a los bebés prematuros a crecer y a desarrollar todas sus capacidades.

Angela, la autora, es una neonatóloga de vocación y profesión, capaz de acercarnos a Lara con una sensibilidad y un lenguaje extraordinario. Esperamos que disfrutéis de la lectura.

Dr. Josep Perapoch López, jefe de sección de Neonatología y Unidad de Vigilancia Intensiva Pediátrica del Hospital Universitari de Girona Dr. Josep Trueta

Natàlia Artigas Graells, psicóloga clínica del Hospital Universitari de Girona Dr. Josep Trueta

El nombre

Me pusieron el nombre de Lara por la protagonista de "Doctor Zhivago". A mis padres les encanta el cine, y la lectura; el mundo podría derrumbarse hoy mismo que ellos encontrarían siempre alguna historia que leer y contarme para darle un sentido a la Vida. Son las palabras las que nos empujan a buscar la felicidad y la libertad, las que nos empujan a amarnos y amar la Vida, me decían.

Me leían cuentos, novelas, poesías... juegos donde bajo realidades aparentes asomaban realidades insospechadas. Y al caer la noche, nos poníamos los tres en el sofá a ver una película. Bueno, yo sólo oía, ecos lejanos, filtrados por el ruido del intestino y del latido del corazón de mi mamá, que a veces se aceleraba.

Mi nombre fue lo primero que eligieron por mí. Lo primero que, en cierta manera, me separaba de ellos, otorgándome una identidad propia, y que a la vez paradójicamente me seguía uniendo fuertemente a ellos... Lara, timidez pueril y gracia temeraria. Lara, decidida, que lucha osadamente y se crea a sí misma. Esa debía de ser yo. Dentro de 3 meses.

El primer día del resto de mi vida

Pero a veces la Vida no espera ni un instante. No pregunta, ni pide permiso. Irrumpe sin avisar como una tormenta de verano. Sobre el techo, que estaba iluminado, se acostaban las sombras, los brazos cruzados y cruzadas las piernas. Cruzados nuestros destinos.

Nací con 28 semanas y 850 gramos, era muy pequeñita: la piel demasiado fina y transparente, la cabeza enorme en comparación con mi cuerpo diminuto y delgado, las orejas retorcidas y pegadas a la cabeza, sobre la que se insinuaba mi pelo moreno. No podía moverme, algo me empujaba contra una superficie dura y lisa, de plástico. Me sentía como un astronauta sin casco. Me faltaba el aire. Intenté abrir los ojos pero una luz me cegó. Y luego oscuridad. Era el vacío.

Soñé que estaba todavía en el vientre de mi mamá. Sin descanso, la noche avanzaba y se difundía sobre el mundo que duerme.

Alguien me recolocó la cabecita, cuatro manos me recogieron los brazos y las piernas y me las acercaron a la cara y al ombligo. Reconocí el olor de mi mamá en mis manos y el sabor de su esencia. Me rodearon con un rollo de tela suave en forma de herradura y me cubrieron con un pañuelo de estrellas. Seguí soñando.



Soy diminuta. Quepo en la palma de la mano de mi papá, que ahora es un gigante para mí. Oigo y veo. Luces y ruidos. Hay otros. No estoy sola. Los otros a veces lloran. Suenan las alarmas de los monitores. Siento. Cables pegados a mi cuerpo, una máscara de buceo que me tapa los agujeros de la nariz y aprieta mucho, una olla de vapor constante. Ahora sé qué es el dolor, por primera vez siento dolor y frío. Hay una aguja clavada en mi brazo y algo que parpadea en rojo, me aprieta la planta del pie.

La mano de papá se acerca desde algún lugar que no distingo. Está temblando. Yo le agarro el dedo para que no tenga miedo.

Para mis padres, yo y el miedo llegamos juntos. No era un miedo anecdótico, ni un miedo de película. Era un miedo incontrolable, estadístico, científico, omnipresente. Comenzó en el instante en que mi padre se dio cuenta de que no era capaz de reconocerme entre tantas cápsulas aerodinámicas para mini-astronautas aterrizados antes de tiempo en su planeta. Y es que yo, Lara, no me parecía a nada de lo que hubiese podido imaginarse. Casi imperceptible entre los tubos y sondas a los que estaba conectada, sólo pudo pensar en algo frágil abandonado en el bosque, una noche de invierno en la que soplabla el viento más fuerte y más frío de la historia de los cuentos infantiles. Tenía la piel enrojecida y arrugada, se me veían las costillas y en mis ojos, que todavía eran del color gris que marca lo inacabado, no creía ver ningún tipo de expresión más que la perplejidad que me producía el hecho de estar en este mundo tan diferente del útero de mi madre. Y es que yo, Lara, no sólo no me parecía a mis padres: tampoco pertenecía al país feliz y superficial de las propagandas de pañales o leches artificiales, ése en el que todos los bebés eran redondos y sonreían, o saltaban y aplaudían.

Mis órganos todavía no estaban del todo formados, era tan frágil que parecía que me fuese a deshacer de un momento a otro. Pero no me deshacía, ¡papá! si estás a mi lado, cada día que pasa me haré un poco más, me formaré, me transformaré. Le miré. Le hice alguna mueca, para que comprendiera. Ahora me tocaba a mí hablarles.

Ahora sí, antes no

Y la tormenta duró todo febrero...

Cada día que pasaba era un triunfo. Sobrevivir a ese primer momento fue fundamental, pero era ahora cuando empezaba la verdadera batalla. Al principio a mis padres les costó mucho, cuando empezaron a entender, no quisieron entender, no daban crédito, que les estuviese pasando justamente a ellos. Se tenían el uno al otro, pero se sentían solos en su tristeza, dialogaban entre ellos hasta cansarse de no encontrar respuestas. El equipo se volcó con ellos; en el lactario mi mamá encontró también

el apoyo de alguna otra mamá “experta” y poco a poco se dejaron arropar esa zona desnuda del alma con palabras seguras y cálidas. Era seguridad lo que intentaban darles, y confianza, y coraje, y eso fue lo que ellos recogieron y sembraron con esfuerzo para convertir la prisión del tiempo en un lugar del que no quisiesen huir.

Mi momento del día preferido era cuando me cogían en canguro. La primera vez la sonrisa de mi madre se volvió tan grande que casi le cierra sus grandes ojos almendrados. Sus manos suaves y alargadas, temblaban siempre en el primer abrazo. El vacío desaparecía de su vientre acurrucándome contra su pecho. Yo me agarraba a ella como una ranita mirándola de reojo. Elevaba las cejas con los ojos cerrados, fruncía el ceño, apretaba la boquita e intentaba llevar mi mano a la cara y agarrarme a su dedo. Mi respiración, todavía un poco rápida, se hacía más regular, así como el ritmo de mi corazón, que parecía querer acoplarse al suyo. Mientras estaba con ellos no me daba por dejar de respirar, y un manto de pétalos de rosa cubrían mi piel camaleónica.

Era el núcleo donde yo recibía mi inyección de energía cotidiana, el núcleo que me moldeaba y liberaba. Se traían un libro y me leían en voz baja, me canturreaban nanas, la Canción del pirata, a Margarita, los poemas a Lara... y cogía forma el mundo derrumbado y sin forma.

El apartamento

Compartí piso con otros seis compañeros, de los que poco a poco empecé a reconocer su tono de llanto y sobre todo, la frecuencia con la que sonaban las alarmas de sus monitores o de sus dispositivos de alimentación. El espacio reservado para mí y mis padres estaba al fondo a la derecha, al lado de una puerta que comunicaba con otro apartamento, y enfrente de una ventana. Tenía la ventaja de ser bastante amplio, y la desventaja de que, de tanto en tanto me molestaba el ruido de los vecinos de al lado si la puerta permanecía abierta, o incluso la luz del exterior si el día era muy soleado. Había días en que el ambiente era muy tranquilo y silencioso, otros en los que la actividad podía llegar a ser tan alta, que yo me ponía nerviosa y no era capaz de soñar tranquila: mi corazón latía más rápido de lo habitual, mi pecho se hundía o incluso se quedaba inmóvil durante unos segundos, los pétalos de rosa empalidecían y me entraban unas ganas incontrolables de bostezar o incluso me entraba el hipo. Me retorció suavemente dentro del nido, hacía esfuerzos sobrehumanos para levantar el bracito contra gravedad y abrir la palma de mi mano a modo de socorro, como si estuviese hundiéndome en un océano sin fondo. La mayoría de las veces alguien venía rápido a ayudarme, otras tenía que insistir un poco más y acababa agotada...





Mi pisito no estaba mal, pero yo prefería mil veces el rincón cálido entre los brazos de mis padres. Poco a poco lo fueron personalizando, pusieron mi nombre de colores en un ladito, colgaron dibujos que me habían hecho mis primitas y hasta me cubrieron con una suave tela que olía a mamá. Cuando no estaba en canguro, yo prefería descansar apoyada sobre el costado izquierdo, con los brazos y piernas flexionados sobre el tronco y rodeada y bien protegida por un doble rollo de tela que formaba una especie de nido. La mussolina de estrellas me cubría parcialmente el cuerpecito, dejando al descubierto únicamente la cabeza, la parte superior del pecho y la mano derecha que me tapaba parcialmente la cara. Llevaba el gorrito y la máscara para bucear, un tubito muy fino verde que salía de una de las comisuras de mi boca y unas pegatinas unidas a unos cables de colores que recogían mágicamente el ritmo de mi tambor y lo volcaban en una pantalla enorme.

Un hogar en el mundo

Y pasaron los días y las noches y yo me iba haciendo grande, superé algunas pequeñas dificultades, como una infección, o un tubito de mi corazón que no quería cerrarse y le robaba sangre a los otros tubos más grandes e importantes. Pruebas y más pruebas, cuyo resultado o significado incierto quitaba el sueño a mis padres. Y poco a poco me fueron quitando los complementos de mi indumentaria y me quedé preciosa, con un body color azul eléctrico que resaltaba mis ojos enormes en una cara redondita y pequeña.

Un día les sorprendí a todos... estando en canguro con mamá empecé a levantar la cabecita y a lanzarme en búsqueda su pecho, lo olía, lo chupaba, lo tocaba apenas con mi mano, luego me quedé quieta y con la cabeza ladeada y en posición casi horizontal entreabrí los ojos y me quedé mirándola. Mi madre se emocionó y empezaron a salirle gotitas de leche del pezón. Yo ya comía todo leche de mi mamá pero siempre a través del tubito verde. Alguna vez me habían dado alguna gotita que yo relamía con fuerza y ganas, pero casi siempre acababa agotada. A partir de ese día empezamos a probar directamente al pecho. Tumbada, barriga con barriga, la cabeza hacia la ventana y los pies hacia la puerta. Mi mamá me sujetaba y me cubría a la vez con la mussolina. Los bracitos me quedaron algo destartalados, el izquierdo atrapado y el derecho colgante y flácido, me los acercaron a la cara y al pecho. Yo protestaba un poco, extendía los dedos de las manos y me retorció buscando la postura más cómoda. Finalmente me agarré al dedo de mamá que me sujetaba la manita cerca de la cara, mientras intentaba dirigir el pezón hacia mi boca. Yo al principio me resistía un poco, me pusieron unas gotitas de leche directamente en la boca y entonces me animé y al poco ya estaba buscando yo sola y agarrándome al pecho de mi mamá. No succionaba con mucha fuerza, pero

se veían mis mofletes moverse rítmicamente de manera intermitente. Y si el pezón se salía yo iba en su busca y me agarraba a él con ansias. Aunque era un momento muy nuestro, adoraba cuando mi padre irrumpía ajeno a los esfuerzos que nos habían llevado hasta allí y me acariciaba y yo entreabría los ojos y mi madre reía.

Despedidas

Un día pasó algo totalmente inesperado, mi compañerita de al lado se había puesto muy malita y el equipo no pudo evitar lo inevitable. Sus papás estuvieron con ella mucho tiempo cogiéndola en brazos, cantándole, haciéndose fotos, llorando, abrazándose.

Mis padres decidieron quedarse para estar conmigo, a los otros papás no les importaba, pero esa vez no me leyeron cuentos, ni me cantaron, nos quedamos los tres en profundo silencio.

Cuando, desde el rincón, un soplo de viento nos robó un trocito de vida, mis padres y los suyos se fundieron en un abrazo eterno.

Origen

¡Y por fin llegó el día! El día que me llevaban a casa. El día que volvíamos a ser los tres. El día que despertaba de un sueño profundo y estaba en brazos de mi madre, al pecho, en brazos de mi padre, en brazos de mis primitas, en brazos de todos y cada uno de los miembros de mi familia, que tanto habían esperado mi llegada.

Por la noche los dos me leyeron un cuento: “Érase una vez una Lara diminuta que enseñó a sus padres a detenerse, observar, comprender y actuar creativamente. Lara nació diminuta frágil y delicada, pero con un corazón y una mente gigantes, con ella nacieron sus padres, grandes por fuera, pero con el corazón y la mente encogidos y ofuscados. Los tres juntos comenzaron ese día, el primer día del resto de sus vidas...



Agradecimiento:



fundació
el somni dels nens

www.elsomnidelsnens.org